

dio; aunque yo no debo salirme sin decir os otras cositas que aprendí y repasé en aquellos tres años. Como allí no había un corto número de niños, como en mi buena escuela, sino que había infinidad de muchachos entre pupilos y capenses, todos hijos de sus madres, y de tan diferentes genios y educaciones, y yo siempre fui un maleta de primera, tuve la maldita atingencia de escoger para mis amigos á los peores, y me correspondieron fielmente y con la mayor facilidad; ya se ve, que cada oveja ama su pareja, y esto es corriente; el asno no se asocia con el lobo ni la paloma con el cuervo: cada uno ama su semejante. Así yo no me juntaba con los niños sensatos, pundonorosos y de juicio, sino con los maliciosos y extraviados, con cuyas amistades y compañías cada día me remataba más, como os sucederá á vosotros y á vuestros hijos, si despreciando mis lecciones no procuráis ó hacerlos que tengan buenos amigos ó que no tengan ninguno, pues es infalible el axioma divino que nos dice: *con el santo serás santo, y te pervertirás con el perverso*. Así me sucedió puntualmente; bien que yo ya estaba pervertido, pero con la compañía de los malos estudiantes me acabé de perder enteramente.

Paréceme que al leer estos renglones exclamáis: ¿cómo se mudó tan presto nuestro padre? pues en la última escuela en que estuvo ¿no había olvidado las malas propiedades que había adquirido en la primera? ¿cómo

fué esta metamorfosis tan violenta? Hijos míos: las buenas ó malas costumbres que se imprimen en la niñez echan muy profundas raíces; por eso importa tanto el dirigir bien á las criaturas en sus primeros años. Los vicios que yo adquirí en los míos, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo esto, por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu, me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos á costa de no pocas reprehensiones y caricias de mi buen maestro, y del continuo buen ejemplo que me daban los otros niños. Me parece que si nunca me hubieran faltado semejantes preceptos y condiscipulos no me hubiera vuelto á extraviar, sino que hubiera asentado una conducta acendrada y religiosa; pero ¡ah! que no hay que fiar en enmiendas forzadas ó pasajeras, porque en faltando el respeto ó el fervor, se lleva el diablo esta clase de enmiendas, y quedamos con nuestro vestido antiguo ó tal vez peores.

Así lo experimenté yo, bien á mi costa. Estaban mis pasiones sofocadas, no muertas; mi perversa inclinación estaba como retirada, pero aún permanecía en mi corazón como siempre; mi mal genio no se había extinguido, estaba oculto solamente como las brasas debajo de la ceniza que las cubre; en una palabra, yo no obraba tan

mal y con el descaro que antes, por el amor y respeto que tenía á mi prudente maestro y por la vergüencilla que me imponían los demás niños con sus buenas acciones; pero no porque me faltaran ganas ni disposición.

En efecto, luego que me separé de estos testigos, á quienes respetaba, y me uní otra vez á otros compañeros tan disipados como yo, volví á soltar la rienda á mis pasiones; corrieron éstas con el desenfreno propio de la edad, y se salieron del círculo de la razón, así como un río se sale de madre cuando le faltan los diques que lo contienen.

Sin duda era el muchacho más maldito entre los más relajados estudiantes; porque yo era el *Non plus ultra*¹ de los bufones y chocarreros. Esta sola cualidad prueba que no era mi carácter de los buenos, pues en sentir del sabio Pascal, *hombre chistoso, ruin carácter*. Ya sabéis que en los colegios estas frases, *parar la bola, pandorguear, cantaletear*, y otras, quieren decir: *mofar, insultar, provocar, zaherir, injuriar, incomodar y agraviar* por todos los modos posibles á otro pobre; y lo más injusto y opuesto á las leyes de la virtud, buena crianza y hospitalidad es, que estos graciosos hacen lucir su habilidad infame sobre los pobres niños nuevos que entran al colegio. He aquí cuán recomendables son estos

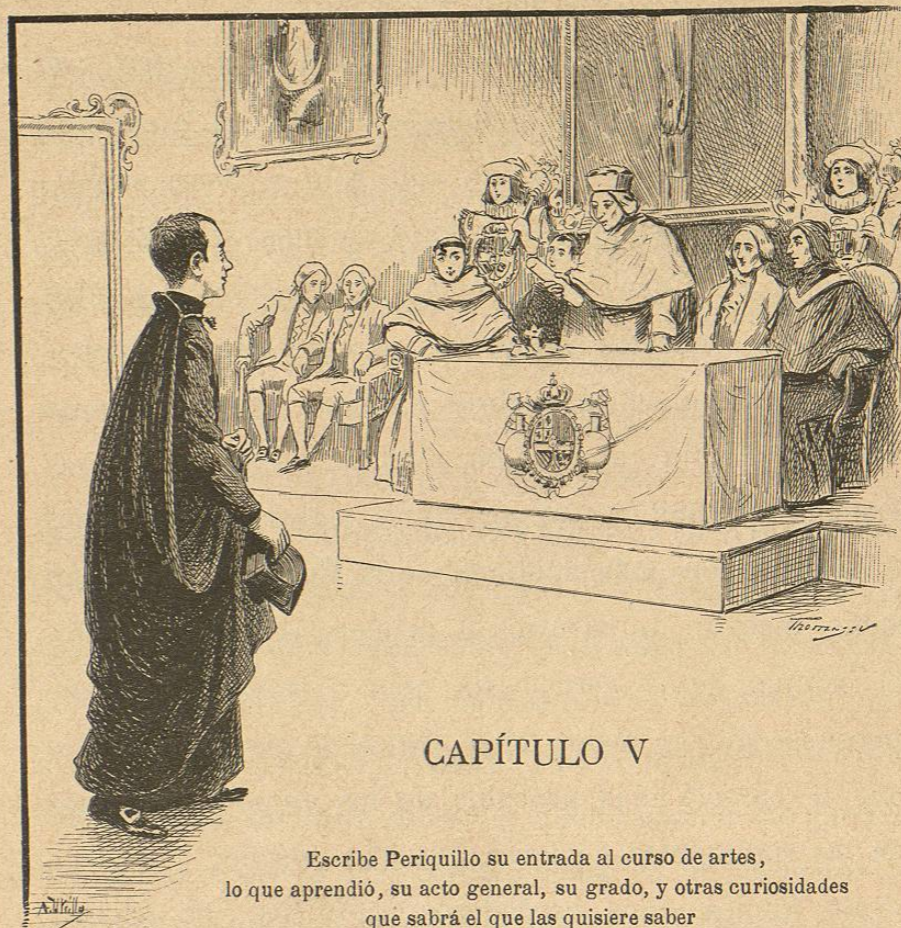
¹ Alusión á la inscripción de las columnas de Hércules en Cádiz, que después del descubrimiento de América enmendó España, poniendo *Plus ultra* en dos columnas, entre las que colocó su escudo de armas. E.

truhanes majaderos para que atados á un pilar del colegio sufrieran cien azotes por cada *pandorga* de éstas; pero lo sensible es, que los *catedráticos, pasantes, sotaministros* y demás personas de autoridad en tales comunidades, se desentienden del todo de esta clase de delito, que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela, y ella ayuda á acabar de formar los espíritus crueles de los estragadores como yo, que veía llorar á un niño de estos desgraciados, á quienes afligía sumamente con las injurias y befa que les hacía, y su llanto, que me debía enternecer y refrenar, como que era el fruto del sentimiento de unas criaturas inocentes, me servía de entre-més y motivo de risa, y de redoblar mis befas con más empeño.

Considerad por aquí cuál sería mi bella índole, cuando tenía la fama de ser el mejor *pandorguista* de todo el colegio, y decían mis compañeros que yo le paraba la bola á cualquiera, que era lo mismo que decir que yo era el más indigno de todos ellos, y que ninguno, bueno ó malo, dejaría de incomodarse si escuchaba en su contra mi maldita lengua. ¿Os parece, hijos míos, esta circunstancia algo favorable? ¿Con ella sola no advertís mi depravado espíritu y condición? porque el hombre que se complace en afligir á otro su semejante, no puede

menos que tener un alma ruin y un corazón protervo. Ni valga decir que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aún desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razón no los modera, lo que no es muy común. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observación he visto que es raro el que ha salido bueno de entre estos genios burlones con exceso, y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.



CAPÍTULO V

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber

Acabé mi gramática, como os dije, y entré al máximo y más antiguo colegio de San Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la dirección del doctor don Manuel Sánchez y Gómez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aún no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aún no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aún se oía